



Harald Welzer. Guerras climáticas. Por qué mataremos (y nos matarán) en el siglo XXI

José Daniel Carabajal

El autor comienza describiendo a modo de introducción la historia de un barco varado en un desierto y las diferentes tácticas de guerra utilizadas por algunos ejércitos para modificar las condiciones de la naturaleza a su favor durante las guerras como el caso del ejército imperial alemán que en su guerra contra la tribu de los herero “(...) les impidió el acceso a los puestos de agua y los dejó morir de sed. (...)” (p.11) durante una avanzada colonialista en el actual territorio de Namibia, África.

Otra cuestión tratada es la de los refugiados y desplazados de África y el daño climático que esto ocasiona: grandes aglomeraciones de personas viviendo en condiciones infrahumanas. El autor sostiene que estos son parte de los nuevos refugiados pues muchos huyen de las hambrunas, guerras intestinas de los países africanos “(...) personas que se vieron forzadas a abandonar sus aldeas porque fueron sistemáticamente expulsadas por milicias que no sólo asesinan, sino que además incendian las aldeas y los bosques para impedir que aquellos que lograron huir puedan regresar (...)” (p. 25), y otros son refugiados climáticos. El texto pone a Sudán como ejemplo de los males del futuro.

Luego de algunas páginas donde el autor traza una teoría explicativa de la violencia y sus diversas justificaciones, que van desde lo psicológico, moral, religioso, etcétera, se introduce al lector en los cambios climáticos y sus consecuencias sobre la violencia, para lo cual remite al recordado huracán Katrina que debastó New Orleans y la ola de violencia posterior que requirió presencia militar “(...) Hubo ataque a grupos de rescate, tiroteos, violaciones, negocios saqueados, asaltos, etcétera. Solo a partir de una intervención del ejército, que llegó a la zona de la catástrofe con una dotación de más de 65 mil hombres, se logró calmar paulatinamente la situación. (...)” (p. 48) de esto modo se va entrelazando lo climático con lo militar a pequeña escala hasta llegar a la guerra.

Luego de varias páginas en las cuales el autor explica factores sociales y psicológicos de la violencia, la defoliación por agentes químicos en Vietnam, el genocidio ocurrido en Ruanda, y otras cuestiones se llega al capítulo en el que se relata lo que el autor considera la primera guerra climática; es decir, la de Darfur donde las tribus agricultoras quemaron pastizales para poder cultivar, lo cual perjudica a las tribus pastoras nómadas que se van quedando sin lugares donde pastar sus rebaños, situación que generó una guerra civil entre esta población africana, lo cual se ve agravado por la acelerada desertificación del suelo, esta aridez ocasionó un caudal cada vez menor de lluvias sucitando un círculo nocivo.

Tal como explica el autor los conflictos que ahora se presentan como climáticos tienen sus causas transgeneracionales históricas, tanto pasados como futuros, la desertificación y el calentamiento global no tienen causas próximas en el tiempo sino que son el resultado de errores de generaciones pasadas, del mismo modo que las guerras climáticas del futuro serán (las del agua, alimentos y recursos naturales) causadas por los derroches de las generaciones presentes.

Con todo, hay que señalar con absoluta claridad que las explicaciones simples se quedan cortas:

“(…) los conflictos violentos son siempre un producto de varios desarrollos paralelos y asincrónicos (...). Las causas estructurales de conflicto, como la desestatización, el surgimiento de mercados de violencia y la exclusión y el exterminio de algunos grupos de población, se acentúan y aceleran con los problemas ecológicos y con la desaparición de recursos tales como el suelo y el agua. La salinización del suelo causa problemas adicionales, ya que continúa reduciendo aún más las superficies cultivadas y cultivables, lo que a su vez desencadena movimientos migratorios. Un disparador directo de violencia puede ser, por ejemplo, la búsqueda de nuevos campos de pastoreo o de nuevas superficies de cultivo debido a que las antiguas ya no brindan una cosecha suficiente, y es esto, y no la decadencia ecológica en sí, lo que determina generando conflictos con otros grupos.” (p. 127 – 128).

Como se sabe la violencia en África es producto de muchos factores entre ellos, étnicos, religiosos, sociales, económicos, etcétera, mientras que el autor explica otros factores estructurales de la propia política local de los países africanos, como el altamente desarrollado mercado de la violencia; es decir, mercenarios (contratados por el propio Estado o por particulares), tráfico ilegal de armas, desaparición del Estado, esclavitud, ejércitos de niños entre otras cuestiones que empeoran las condiciones de escasez y pobreza, que se ven retroalimentadas por la densidad poblacional y las condiciones climáticas.

“(…) Lo mismo vale para el caso de los conflictos limítrofes que se producirán con mayor frecuencia en el futuro cuando se sequen las reservas de aguas que antes constituían límites naturales. Las migraciones internas ocasionadas por las transformaciones climáticas, también llevan conflictos de envergadura y también pueden entenderse como una consecuencia violenta indirecta del cambio climático, En la actualidad se calcula que hay unos 24 millones de refugiados internos en todo el mundo. (p. 128)”.

Como si fueran pocas las causas de la violencia, a éstas se le siguen sumando más, como la violencia ejercida por los guardias fronterizos de países europeos (caso Frontex) hacia migrantes africanos que huyen del hambre, la desertificación y la violencia interna intra e interétnica. En un futuro no muy lejano podríamos ver fronteras abarrotadas de migrantes intentando ingresar legalmente o por la fuerza a países prósperos. Estos migrantes que hoy son rechazados por motivos étnicos, sociales y laborales, en el futuro serán rechazados por escasez de alimentos. Dicha escasez alimentaria será producto de la desertificación y la salinización de los suelos los cuales se volverán improductivos ante la creciente demanda alimenticia generada por la afluencia de una gran masa migratoria y las condiciones climáticas.

Los cambios en los ecosistemas no son necesariamente causales de conflictos bélicos, pero sí son un factor importante al momento de agravar situaciones de conflictos, así lo describe el autor:

“Otra causa futura de conflictos resulta del secado de los ríos y de la separación de los lagos. Por ejemplo, Afganistán e Irán entraron hace años en conflicto debido a que, en 1998, los talibanes cerraron las compuertas de una presa del río Helman, cortaron de ese modo el acceso al agua a la zona lacustre de Hamun. (...) las zonas pantanosas alrededor se convirtieron en una zona seca con erosión del suelo y tormentas de polvo. Cientos de pueblos a ambos lados del límite fueron cercados por dunas movedizas y arrasados en el verano por tormentas de polvo [...]. Los antiguos canales de irrigación del lago desaparecieron bajo la arena.” Situaciones como esta, en las que se desvía tanta agua en los cauces superiores de los ríos que a los inferiores ya no les llega nada, son numerosísimas; un ejemplo ya casi clásico es el del río Jordán, que casi no lleva agua al país cuyo su nombre se inspira en él.” (p. 131).

En el caso descrito es un caso de los tantos tipos de conflictos factibles por el uso del agua, los más graves se darán en un futuro cuando las disputas por el agua sean por consumo, puesto que, el agua de riego no necesariamente es potable; no obstante, el agua para consumo humano está siendo caracterizada como un bien escaso, cada vez más costoso. Incluso en este momento existen regiones donde el agua de red no es apta para su consumo y el Estado debe proveer por otros medios de agua potable a vastas poblaciones rurales, pero que, en poco tiempo, será necesaria una red de políticas públicas del agua.

Actualmente las políticas del agua son de contención ante catástrofes naturales, políticas de coyuntura (desborde de ríos, inundaciones, riego de campos, etcétera), pero en un futuro estas políticas públicas deberán ser políticas estratégicas, políticas de Estado, tan vitales que según el autor serán causales de enfrentamientos bélicos. (...) “Las transformaciones climáticas actúan en dos direcciones: pueden suscitar conflictos violentos o profundizar situaciones o concatenaciones indirectas pueden derivar hacia consecuencias inesperadas. (...)” (p. 285)

Según el autor lo único que puede hacerse para intentar mitigar los efectos del cambio climático es seguir profundizando lo que se está haciendo en materia de reducción de gases contaminantes, puesto que reducir y revertir los efectos del calentamiento global podría llevar décadas, o ser irreversible hasta que el ecosistema planetario logre readaptarse a los cambios causados por el hombre y su consecuencia el calentamiento global.

En tal sentido las políticas públicas de los Estados deben tomar en cuenta el calentamiento global y estar prevenidos para las futuras y más frecuentes catástrofes naturales. La prevención y gestión de catástrofes naturales debería ser una política de Estado en los países latinoamericanos que tienen volcanes en actividad, playas, mares y océanos, grandes desiertos y superficies salitrosas, regiones secas y sin mucha afluencia de lluvias, etcétera.

Formular políticas públicas no solo contribuirá a un futuro más próspero y sustentable económicamente, para las generaciones venideras, sino que también contribuirá a evitar conflictos sociales internos (como los que se generan entre aborígenes y empresas forestales en las regiones amazónicas, o entre nativos que resisten el desalojo de sus tierras como el caso de los mapuches en la región patagónica tanto chilena como argentina) y conflictos bélicos internacionales (como los conflictos por recursos naturales tales como los del petróleo, o enfrentamientos entre guardacostas con barcos, frecuentemente asiáticos, pescando clandestinamente en aguas territoriales, aspecto no mencionado en el libro, pero que, sí resulta pertinente en estas regiones de América del Sur).

En síntesis, el libro puede considerarse un aporte a los estudios de violencia en general, puesto que presenta un panorama amplio de la violencia en niveles macrosociales, abarcando cuestiones raciales, psicosociales, étnicas, religiosas, terrorismo, migraciones, genocidios, etcétera.

*José Daniel Carabajal

Licenciado en Sociología, Licenciado en Ciencia Política, Investigador del Centro de Investigaciones Jurídicas y Sociales (CIJS) de la Universidad Nacional de Córdoba. Investigador Universidad Nacional de La Rioja.